

San Juan de la Cruz

(1542-1591)

No pretende ser este pequeño ensayo un análisis de la sorprendente y original construcción doctrinal de San Juan de la Cruz, llamada con metáfora feliz Noche Oscura. La obra del Doctor místico —lo confiesan los más sabios— escapa a todo análisis, como se nos escapa el aire —diría él— cuando cerramos la mano para cogerlo. Pero su obra está hecha con materiales humanos y para el humano pensamiento y cabe ensayar una impresión de lectura que pudiera mover a otros a conocer la divina maravilla de esas páginas edificantes. La "Noche Oscura" de San Juan de la Cruz comprende el Tratado que lleva ese nombre y el titulado "Subida del Monte Carmelo". Comenzó a escribirlos en el otoño del año 1578, orillas del Guadalquivir, con un paisaje ante sus ojos, de bosques y de naranjos. No poseemos hoy más que las dos primeras partes de la "Subida". La "Noche Oscura" concluyó, siendo Prior en Granada, el año 1583. En la "Subida" trata el Santo de la purificación activa del alma, o sea, de la mortificación que ha de hacerse el alma, del apetito "y privándose —escribe él— el alma del gusto del apetito en todas las cosas, es como quedarse a oscuras" (Sub. lib. I, c. 3). En la "Noche Oscura" trata de la purificación pasiva, o sea, de la que Dios hace en el alma, interviniendo en ella de un modo extraordinario, y si el alma no opone obstáculo a esa labor del poder divino. La lectura de estas páginas asombrosas, escritas con un rigor técnico y una sobriedad de estilo que envidiaría Linneo para describir el desarrollo de los tejidos de una planta, resulta impresionante y de tanta más difícil realización en la práctica de nuestra vida, cuanto más meditamos sobre lo leído: obedece ello, sin duda, a que hace repercutir en la conciencia de nuestra espiritualidad amortiguada y con ritmo violento, las pulsaciones de todos los apetitos y gustos y hábitos que nos atan a las cosas y a las personas. La claridad de la Noche Oscura atraviesa todos los cuerpos opacos que interceptan en nuestra alma su encuentro amoroso con Dios. De ahí nuestro espanto tembloroso ante esa lectura que tienta al espíritu con el trance angustioso

y liberador. Nos damos cuenta de la red complicadísima de aficiones que como una pleura cubre toda la superficie de nuestra voluntad e impide el juego libre de sus actos profundos. Sentimos que nuestra alma, sujeta a la afición de mil cosas de nuestra vida, se encuentre incapaz "para ser poseída de la pura y sencilla luz de Dios" (Sub. lib. I, c. IV). Un esfuerzo más en los pasos de esta Noche y comprenderemos que "toda la gracia y donaire de las criaturas, comparada con la gracia de Dios, es suma desgracia y sumo desabrimiento" (Ibid.).

El caso de San Juan de la Cruz

El caso de San Juan de la Cruz es el siguiente: se trata de un religioso carmelita del siglo XVI (1542-1591), que con Santa Teresa, emprende la reforma de su Orden, en un ambiente hostil, en el que su figura física, desmedrada y pequeña, se mueve trabajosamente (1). España, en aquella época, ha dilatado su poderío más allá de los límites del sol y con el estruendo alardeante de sus armas victoriosas y la nombradla universal de sus claros varones, la vida de este frailecito se pierde como el piar melódico de un pájaro migratorio o la burbuja que refleja una luz en la inmensidad del mar. En aquella España imperial, prepotente y magnífica, él es el "hijo de un pobre tejedorcillo" (2). Ha escrito algunos versos a ruego de unas monjitas: ha escrito unas explicaciones de esos versos, a petición de unos frailes. A los 49 años, sin gloria y con muchas penas, desaparece de la vida entre los dolores de unas terribles úlceras. Sus escritos encontraron refugio amoroso en las estancias conventuales; eran las flores blancas que cayeran del manzano, en pleno gozo primaveral, azotado por el cierzo. El había dicho en una de sus canciones maravillosas:

"Entre las azucenas olvidado.
Cesó todo y dejeme,
dejando mi cuidado".

(La Noche Oscura)

El tiempo, rueca en la que se hila el olvido y se mueve imperturbable sobre el lomo envolvente de las mareas de los humanos sucesos, arrastra el nombre del carmelita Fr. Juan de la Cruz. Es un nombre que no tiene peso: desaparece en la corriente como la pluma de un ala. Pasan 135 años. La gloria imperial de España se va marchitando, como una inmensa dalia roja sobre el mar y he aquí que en el ocaso de tanta grandeza humana, reaparece, nítido de gloria celeste, el nombre de Fr. Juan de la Cruz. Aquel "Senequita" como le llamaba con tanto donaire Santa Teresa —como le llamaba Matusalén al Nuncio que a ella la apodó "fé-

(1) "de estatura entre mediana y pequeña" (Fr. Jerónimo San José en *Hist. del V. P. Fr. Juan de la Cruz*, Madrid, 1641).

(2) Vid. *Vida y pensamiento de San Juan de la Cruz*. (Juan Domínguez Berrueta, Araluce, Barcelona).

mina andariega"—, aquel frailecito pequeño, flaco, macilento, autor de unas poesías y de unas prosas, es canonizado por el Papa Benedicto XIII, en 27. de diciembre de 1726. Fr. Juan de la Cruz es San Juan de la Cruz. El tiempo seguía arrastrando los pesos grávidos de las dulzuras de los sentidos: él era pluma de ala, en vuelo hacia un divino "no se qué" (3) y podía más que el tiempo. Su boca exangüe había cantado:

**"Sabor de bien que es finito,
lo más que puede llegar
es cansar el apetito
y estragar el paladar.
Y así, por toda dulzura
nunca yo me perderé,
sino por un no se qué
que se halla por ventura".**

- (Glosa a lo divino)

La canonización de San Juan de la Cruz es el reconocimiento explícito de sus valores morales, la reparación de la justicia que se debía a sus méritos, como varón de virtudes ínclitas. La Iglesia que no escatima las diligencias probatorias en el proceso lento, pero seguro, de la santidad, tampoco escatima los honores, cuando de la investigación depurada hasta en su último detalle, surge acabada y concreta la figura del Santo. Y a este hijo del "pobre tejedorcillo", la Iglesia le otorga un puesto en los altares del Señor. Su vida, en esa enorme dimensión de la santidad, quedaba así debidamente esclarecida. El dijo que este mundo tiene "ciencia de voz" y que cada cosa creada, "en su manera de ver, muestra lo que en ella es Dios" (4). Toda su voz fué un cántico divino. Lo reconoció la Iglesia y en torno a su aureola cantaban sus versos encantadores:

**"Que gracia y hermosura en mí dejaste.
Ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
...andando enamorada
me hice perdidiza y fuí ganada".**

. (Cant. esp.)

(3) En una de sus **Glosa a lo divino**.

(4) "**Cántico espiritual**" (canción XV).

Pero quedaba todavía un ángulo de su existencia en la sombra. San Juan de la Cruz, además de Santo, fué un poeta, un místico, un maestro. ¿Qué se hicieron de sus poesías y de su prosa? Han de pasar cerca de tres siglos, desde su muerte, sin que las antenas de la crítica registren la aparición de un fenómeno literario que lleva el nombre de San Juan de la Cruz. ¿Merecían la pena aquellas estrofas, escritas para recreación de unas monjitas, aquellas prosas que aclaraban los versos? ¿O es que pasaban tan altas que no pudieran distinguirse desde las pequeñas colinas de los observadores? El había dicho, en pleno gozo amoroso:

**"En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas, su querido
también en soledad, de amor herido".**

(Cant. esp.)

Lo cierto es que España no descubrió ese nuevo mundo prodigioso y apasionante de poesía, hasta que lo contemplaron, resplandeciente de claridad desconocida, Menéndez Pelayo en España, Peers en Inglaterra y Pfandl en Alemania (5). Para honor nuestro hemos de decir que fué nuestra sensibilidad, la de nuestro tiempo, la que vibró de emoción inenarrable y efusiva ante la lira del más grande poeta. En nuestra alma, como en la carabela de Colón las primicias sorprendentes de nuevas tierras, llegó por primera vez hasta la conciencia humana el primor también sorprendente de aquella zona poética que parece desencajada de las moradas celestes donde los coros de los ángeles pulsán las divinas arpas...

Y he aquí que aquellos versos y aquellas prosas que fueron escritas por Fr. Juan de la Cruz, a ruego de frailes y monjas (6) y que por más de dos siglos no merecieron ni siquiera una mención de recuento, lograron la suprema categoría, por parte de críticos, investigadores y sabios, que puede alcanzar una producción literaria. Del olvido llegó, vertiginosamente, a la más alta cima

(5) Menendez Pelayo en su discurso de ingreso en la Real Academia española en 1881, De **la poesía mística**. Sobre este extremo, véase **"San Juan de la Cruz, su obra científica y su obra literaria**, Tom. 2 del P. Crisógono de Jesús Sacramentado, Carmelita descalzo Avila, 1929.

(6) "Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas **personas de nuestra sagrada Religión** de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido..." (Prólogo a la **Subida del Monte Carmelo**)

de superación y en ella, desde entonces, fulgura con la llama misteriosa y atrayente de un encanto que cada lectura renueva.

He aquí el caso, verdaderamente excepcional, de este hombre, caso extraordinario, además, que toma proporciones desorbitadas porque pensadores racionalistas como Delacroix, Rousselot y Baruzi, entre otros (7), lo encumbran hasta el supino elogio, como filósofo y psicólogo original, por su doctrina de las Noches.

La Noche Oscura

Y ¿qué es esto de la Noche Oscura, en la Mística de San Juan de la Cruz? Penetrar en ella infunde pavor. Si a Menéndez Pelayo (8) le infundía "religioso terror" el tocar las canciones de este místico, ¿qué diremos de esta Noche que es "amarga y terrible" para el sentido, según declara su autor, y "horrenda y espantable" para el espíritu? (9). Y sin embargo, las canciones de la Noche Oscura son embriagadoramente deliciosas:

**"En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el corazón ardía,
¡Oh noche que guiaste,
oh noche, más amable que el alborada,
oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada !"**

Se trata, pues, de una noche en la que al terror y al espanto sustituye, en un insospechado desenlace de emociones tremendas, algo que es feliz hasta perder el aliento. En esta noche, el juego de todas las piezas de nuestra sensibilidad sufre una reparación tan dolorosa a fuerza de ser total, que funcionando las mismas piezas, la misma sensibilidad, la misma persona, se siente transida de un gozo amoroso tan embriagadoramente completo "que a vida eterna

(7) Delacroix en *Etudes d'Histoire et de Psychologie du Mysticisme*; Rousselot en *Mystiques espagnoles* y Baruzi en *Saint Jean de la Croix et le problème de l'expérience mystique*.

(8) En su discurso *Sobre la poesía mística*.

(9) *Noche oscura del sentido*, cap. VIII.

sabe". Qué fenómeno espiritual sea éste, nadie sabe decirlo, ni aun siquiera los que lo han gozado. San Juan de la Cruz nos advierte que "ni basta ciencia humana para saberlo entender, ni experiencia para saberlo decir. Digo experiencia para saberlo decir, porque sólo el que por ello pasa lo sabrá sentir, más no decir" (10). Es sencillamente —y asombrosamente— que el alma humana ha gozado de Dios, en una unión con El, la más íntima, entrañable y perfecta que cabe en esta vida. Y la serie de amarguras, terrores, espantos y sequedades que ha sufrido para llegar a esta unión, se llama noche oscura. Oigamos a San Juan de la Cruz: "Por tres causas podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito, del gusto de todas las cosas del mundo, la cual carencia es como noche, para todos los apetitos y sentidos del hombre. La segunda, por parte del camino por donde ha de ir el alma a esta unión, el cual es la Fe, que es también oscura para el entendimiento como la noche. La tercera de parte del término a donde va, que es Dios, el cual por ser incomprendible, se puede decir también oscura noche para el alma, en esta vida, las cuales tres noches han de pasar por el alma o por mejor decir, ella por ellas para venir a la divina unión con Dios" (11). Ya aclara el Santo que no son tres noches, sino tres fases de una sola noche, parecidas a las tres fases de nuestras noches, la que empieza en la claridad desvaida del crepúsculo: comienzan a desaparecer a nuestra vista las cosas: la fase de la media noche, recluida en un cerco absoluto de sombras: el alma, con el gusto por las cosas, muerto en todos sus sentidos, como por ellos le entra la luz incitadora de los gustos, queda totalmente a oscuras, no porque los sentidos no funcionen, sino porque en el alma no hay gusto de las cosas: él lo dice con exactitud precisa: "no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y el apetito de ellas" (12). La tercera y última fase de la noche es aquella en que las sombras empiezan a replegarse paulatinamente ante la iniciación sosegada del amanecer. El alma va aproximándose a Dios, pero ha de tener ya la negación absoluta de los gustos en todas las cosas, porque las aficiones a las criaturas ante Dios, que es luz, aparecen como som-

(10) Prólogo a la **Subida del Monte Carmelo**.

(11) *Ibid.* Libro I, cap. 2.

(12) *Ibid.* Libro I, cap. 3.

bras y luz y sombras no caben en un mismo sujeto (13). Mientras el alma no está totalmente vacía de todo gusto, de toda afición a criatura, de todo apetito de cosa que no sea el mismo Dios "no podrá venir —dice el místico— a los deleites del abrazo de la unión con Dios" (14). Esta noche oscura se divide en sensitiva y espiritual: primeramente, el alma se va purificando de las imperfecciones sensitivas, o sea de aquellas imperfecciones que afectan al entendimiento, en cuanto éste funciona valiéndose de la imaginación, de la fantasía y de la memoria, que es lo que San Juan de la Cruz con criterio moderno, llama "sentido". La espiritual purifica el espíritu, completando la obra de la purificación del alma, porque como observa San Juan de la Cruz, con un profundo atisbo psicológico, "todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, donde se sujetan los hábitos buenos y malos" (15). Por esto, en esta noche del espíritu, se purifican la zona sensitiva y la zona espiritual. Es decir, se arrancan del espíritu las raíces que motivan todas nuestras inclinaciones defectuosas, incluso aquellas inclinaciones que son involuntarias, incluso las imperfecciones que son connaturales con nuestra condición. Esta labor purificativa que Dios opera en el alma y que en metáfora exacta del doctor místico, es como la labor del fuego en el leño verde (16), no puede menos de ser terriblemente dolorosa, por muchas razones. El dice que como esta labor "anda removiendo todos los malos y viciosos humores que por estar ellos muy arraigados y asentados en el alma, no los echaba ella de ver" (17), se siente abominable y horrible de defectos (18). Por otra parte, como no es posible que llegue al inefable deleite de la unión amorosa, sin que previamente le haya "destetado" —es la frase gráfica del Santo— de todos los gustos posibles, como la divina claridad, que trasciende infinitamente todas las humanas claridades, no se hace visible mientras el espíritu está defectuoso, como el ojo enfermo no soporta la luz natural, es el momento terrible de la oscuridad absoluta en el que el alma está

(13) "La razón es porque dos contrarios, según nos enseña la filosofía, no pueden caber en un sujeto; y porque las tinieblas, que son las aficiones en las criaturas, y la luz que es Dios, son contrarias y ninguna semejanza ni conveniencia tienen entre sí" (Sub., I, 4).

(14) *Ibid.* I, 4.

(15) Noche oscura del espíritu, cap 3.

(16) *Ibid.* cap. 10.

(17) *Ibid.* cap. 10.

(18) "El alma se siente estar deshaciendo y derritiendo a la faz y vista de sus miserias, con muerte de espíritu cruel" (*ibid.*, cap. 6)

como fuera de sí, y es la incertidumbre y es la sequedad, y es el vacío, en definitiva el tormento. Bellísimamente dice San Juan de la Cruz: "Tal es la obra que en ella hace esta noche, encubridora de las esperanzas-de la luz del día" (19): "Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche la adormeciese toda la gente doméstica de su casa: esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma, sensitiva y espiritualmente, para que ella, sin ser notada, esto es, sin ser impedida de estas afecciones, llegase a la unión espiritual de perfecto amor de Dios. ¡ Oh cuán dichosa ventura —dice—, es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad" (20).

Primores de estos tratados

Imposible es ir detallando, en los límites de este pequeño

ensayo, los primores de estos tratados inconcluídos de las noches (21). Admira pasmosamente la penetración psicológica de este hombre en el análisis de lo que constituye el mecanismo de la personalidad humana: conoce pieza a pieza, todo el complicado y minucioso engranaje de apetitos y gustos que juegan en nuestra vida: conoce perfectamente la potencialidad de nuestro espíritu y el repertorio de nuestras limitaciones y la zona ilimitada de nuestros deseos: sabe dónde está la raíz que alimenta los gustos y por qué zonas circula el sabor de las cosas. Describe la vida espiritual con tal realismo, tal viveza de color y tan precisa exactitud, que sus capítulos son biografías maravillosas de los que andan equivocados en estos caminos. Pero sobre todo, San Juan de la Cruz resuelve místicamente con su impresionante y perfecta construcción doctrinal de las Noches, el problema enorme, el que más ha preocupado siempre a la Filosofía y que hoy atrae a todos los pensadores: el problema de nuestras relaciones con Dios.

(19) Ibid. cap. 9.

(20) Ibid. cap. 14.

(21) El P. Silverio y Baruzi creen que el autor concluyó estos tratados: el P. Silverio **supone que** se perdieron los capítulos finales: Baruzi opina que por el temor ante lo inefable de la unión, rompió el Santo los papeles escritos. Véase el P. Silverio, **Obras**, I, 268, 274 y 275.

El problema planteado

QUE relaciones pueden existir entre el hombre, limitado por todas partes, y Dios, por todas partes, infinito? ¿qué visión de Dios puede tener el ser humano, que todo lo ve mediante imágenes, siendo Dios espíritu puro? ¿qué unión cabe entre dos seres separados entre sí por una distancia infinita, que la naturaleza humana no puede salvar con sus esfuerzos propios? (22). Tenemos la preciosa teoría de Santo Tomás sobre las naturalezas coordinadas, es decir, sobre la influencia que puede ejercer una naturaleza sobre otra, mediante la que se amplía la esfera de acción de la naturaleza influenciada. Así, por ejemplo, se explican las mareas por la influencia que los astros ejercen sobre el mar. Plutarco en el "Banquete de los siete sabios" desarrolla este mismo pensamiento con palabras que entusiasmaban al gran filósofo Gratry: "El cuerpo —dice— es el instrumento del alma y el alma el instrumento de Dios. Y así como el cuerpo, además de los movimientos que le son propios, tiene otros más hermosos que le vienen del alma; así también el alma, además de sus propias acciones y movimientos, puede también, como el más perfecto de los instrumentos, dejarse dirigir y mover por Dios, que actúa sobre ella" (23). Pero nada de esto trasciende las posibilidades humanas. Es indispensable al ser humano un principio vital de naturaleza sobrehumana, pero que pueda instalarse en nuestro espíritu y plegarse a su personal idiosincrasia, para que el espíritu humano, con el ímpetu de su vuelo —que es su voluntaria cooperación—, transportado por esta ayuda sobrenatural, llegue a relacionarse, a comprender, a desear, a amar, lo que, por la distancia infinita de él a Dios, nunca hubiera podido lograrlo. Esto no descompone nuestra humana naturaleza: nosotros comprendemos que somos seres finitos, imperfectos, limitados y que por el mirador de nuestros sentidos nos ponemos en contacto con el mundo, también realidad limitada e imperfecta y finita. Y comprendemos también que en el fondo de nuestro ser encontramos la presencia de Dios, como raíz que nos sustenta y nos mantiene en el ser, que es lo que los filósofos llaman la radicación del hombre en Dios (24). Y así nosotros nos

(22) "La esencia divina en su inmensidad excede de toda forma asequible a nuestro entendimiento" (C. G. I, c. XIV).

(23) Véase *Catecismo de los incrédulos* de Mr. Sertillanges (Editorial Políglota, Barcelona).

(24) *La Filosofía del Padre Gratry* (Julián Mañas, Madrid MCMXLI).



Uno de los retratos más antiguos de San Juan de la Cruz

encontramos con nuestra realidad, pensante y anhelante, entre la realidad del mundo y la realidad de Dios, tanteando siempre una actitud frente a esas tres verdades, que nos satisfaga. Pues esta fuerza sobrehumana, incorporada generosamente a las nuestras propias y que nosotros llamamos la Gracia, desarrolla en nuestra naturaleza respetando las líneas de su arquitectura especial, una capacidad sobreabundante de energías infusas que, si nuestra soberbia o nuestra sensualidad, no las asfixia, pueden situarnos en la posición exacta respecto a la realidad del mundo, de nosotros, y respecto al conocimiento y amor de Dios. Pero esto es el desarrollo normal de la Gracia en nuestra alma. Puede existir otra relación entre el hombre y Dios, más entrañable y efusiva e íntima, en la que nuestra alma se une por amor con Dios, sin identificarse con El, porque eso equivaldría al panteísmo (25): otra manera que con ser excepcional, extraordinaria, de la libérrima voluntad de Dios, "con temples y deleites divinos" (26) como dice San Juan de la Cruz, tiene con todo un temblor de emoción humana, un sabor de sensibilidad gozosa, que siendo la más divina que cabe en nuestra vida, nos parece la más humana, porque es la relación amorosa con Dios, porque es la unión con Dios, "recogidas todas las fuerzas potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee las fuerzas y virtudes en este amor" (27), dice el gran místico, y que es la manera que nosotros humanos, comprendemos que sería la ideal, maravillosa y embriagadora manera de amar. Manera que como dice el Santo, hace que el alma humana "tenga tan osada, y atrevida fuerza para irse a juntar con Dios", porque el amor—añade— "es querer unir, juntar e igualar y asimilar la cosa amada" (28). Esto nadie lo había dicho hasta Santa Teresa y San Juan de la Cruz: nadie sino San Juan de la Cruz, hizo sistema doctrinal de estas anhelantes y sorprendentes relaciones amorosas del alma humana con Dios (29).

(25) "El entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios y la voluntad suya es voluntad de Dios y su memoria, memoria eterna de Dios y su deleite, deleite de Dios y la sustancia de esta alma aunque no es sustancia de Dios porque no puede sustancialmente convertirse en él, pero estando unida como aquí está con él y absorba en él, es Dios por participación de Dios" (**Llama de amor viva**, canción 2).

(26) Noche oscura **del espíritu**, cap. 5

(27) Noche oscura del espíritu, cap. 11.

(28) Noche oscura del espíritu, cap. 13.

(29) "Bien es verdad que los teólogos medioevales interesados, sobre todo, en el estudio de la **gracia** creada, no prestaron gran atención al Don increado que habita en nuestras almas. Pero nuestros gloriosos Padres San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús descorrieron los velos de nuestro templo íntimo, de esta "Sancta Sanctorum" donde el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo reciben el sacrificio de la llama de amor del alma" (P. Juan José O. C. D. en *El último grado del amor*, Santiago de Chile, 1941).

Esta es la codiciada y cegadora y divina claridad de las Noches oscuras y que para los humanos no son totalmente inexplicables, porque conocemos los tormentos y amarguras que se sufren en el amor humano, amor al fin, de criatura imperfecta a criatura defectuosa, de persona que se muere a persona que ha de morir: amor humano fundido con amor humano, melodía siempre inacabada, entre la muerte que lo acecha y la deslealtad que la destruye (29 bis).

San Juan de la Cruz nos da la síntesis de su admirable poema divino: "el alma —escribe— no se une con Dios en esta vida por el entender, ni por el gozar, ni por el imaginar, ni por otro cualquier sentir, sino sólo por Fe, según el entendimiento y por Esperanza según la memoria y por Amor según la voluntad. Las cuales tres virtudes hacen vacío en las potencias: la Fe, en el entendimiento, vacío y oscuridad de entender. La Esperanza, en la memoria, vacío de toda posesión. Y el Amor vacío en la voluntad, de todo afecto y gozo que no es Dios" (30). Y en nuestra vida el amor humano ¿no pretende también que no haya en la inteligencia un pensamiento que distraiga del pensar en la cosa amada, y que no haya en la esperanza un recuerdo que pueda suplantarla y que no haya en la voluntad un querer que entibie o anule el querer a la amada? Aconseja San Juan de la Cruz: "No te hagas presente a las criaturas, si quieres guardar el rostro de Dios, claro y sencillo, en tu alma, más vacía y enajena mucho tu espíritu a ellas, y andarás en divinas luces" (31). Porque "no da lugar el apetito —añade—, a que le mueva el Angel, cuando está puesto en otra cosa" (32). Es feliz esta gradación de valores estimativos en la vía amorosa. Primeramente, es el conocimiento de uno mismo: "Lo primero —dice—, que ha de tener el alma, para ir al conocimiento de Dios, es el conocimiento de sí propio" (33). Esta era la anhelante súplica agustiniana. Luego el conocimiento del prójimo:

(29) bis. El gran Lope que tanta y tan compleja experiencia tuvo del amor, decía en un precioso soneto:

"huir el rostro al claro desengaño,
 beber veneno por licor suave,
 olvidar el provecho, amar el daño:
 creer que un cielo en un infierno cabe,
 dar la vida y el alma a un desengaño,
 esto es amor, ¡quien lo probó, lo sabe!"

(30) **Subida al Monte Carmelo**, Lib. II cap S.

(31) Dichos **de amor y lux.**

(32) Ibid.

(33) Ibid.

"No te entrometas —nos advierte—, en cosas ajenas, ni aun las pases por tu memoria, porque quizás no podrás tú cumplir con tu tarea" (34). Finalmente, el conocimiento de las cosas que tientan al corazón: "así como aflige y atormenta el gañan al buey debajo del arado, con codicia de la mies que espera, así la concupiscencia aflige al alma debajo del apetito por conseguir lo que quiere" (35). De este modo se llega a ese estado de cautivante maravilla, que tiene todo el donaire infantil de un cuento de hadas, todo el aroma denso de una ilusión querida y para nosotros toda la imponente y preocupante obsesión de que eso puede ser realidad.

Dice así, como en un final de poema celeste: "Es cosa maravillosa que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá y el amor cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, le está arrojando sus heridas como llamaradas tiernísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y juegos de amor para que se cumpla en esta alma lo que dijo en los Proverbios, diciendo: "Deleitábame yo todos los días, jugando delante de él todo el tiempo, jugando en la redondez de la tierra y mis deleites el estar con los hijos de los hombres ", (36). Acertadamente comentó el P. Crisógono que cuantos hablan del misticismo de S. Juan de la Cruz "no viendo en él más que la tormentosa doctrina de las noches, mutilan la obra del maestro; eso no es más que la mitad y lo menos bello, como lo es siempre el fundamento de un edificio. Sobre eso descansa una admirable fábrica, un palacio encantado, morada de la gracia y de la belleza" (37). ¡Es la claridad insospechada que se esconde, a lo enamorado, en la noche oscura!

No cava en estas tinieblas, inútilmente, el alma, como el que cava "por conseguir lo que sus apetitos le piden", porque no son estas sombras como nuestras "cisternas rotas que no pueden tener agua para satisfacer la sed", porque el alma que se cansa y fatiga en la búsqueda y disfrute de sus apetitos "se cansa y fatiga (como) el enamorado en el día de su esperanza cuando le salió su lance en vacío" (38) Muchos siglos antes, había escrito San Agustín en sus admirables "Confesiones": "Fragrasti et duxi spiritum et

(34) Ibid.

(35) *Subida al Monte Carmelo*. Lib. I, 7.

(36) *Llama de amor viva*. Canción 1.^a

(37) Ob. cit. tom. II, 46—47.

(38) *Sub*, Lib. I. cap. 6.

anhelo tibi. Gustavi; et esurio, et sitio. Tetigisti me et exarsi in pacem tuam" (39).

Doctor de la Iglesia

Y si por haber escrito cuatro o cinco poemas en endecasílabos y una media docena de composiciones en metro menor San Juan de la Cruz "condensa uno de los mayores torrentes de luz y de calor que haya producido el espíritu del hombre", como escribe Dámaso Alonso y es "el más alto poeta de España": si por aquellos versos que escribió para sus monjas, llega a "la cumbre de la poesía mística española", según critica Díaz-Plaja, (41): si al exponer su doctrina "ha forjado el instrumental léxico del análisis psicológico y las palabras amplían sus dimensiones conceptuales para abarcar la infinitud vivida", a juicio de Rafael Sopesa:, (42), por la claridad excelsa de la noche oscura, por aquella luz recogida en sus prosas y que es lo que matiza, aclara y completa sus poemas de amor divino, San Juan de la Cruz, el hijo del tejedorcillo, el que sufrió persecuciones, vapuleos y cárcel, mereció que el Vicario de Cristo, infalible, en la persona de S. S. Pío XI lo declarase Doctor de la Iglesia. De la Noche oscura, escrita en España, por un fraile de Castilla, brotó la luz que ilumina a todo hombre de la tierra que busca el encuentro con Dios: (43)

Realidad de la metáfora

Estametáfora de la Noche oscura responde perfectamente a la realidad que significa de oscuridad y de luz. Nosotros, mediante nuestros sentidos externos llegamos a conocer las cosas del mundo y a despertar toda nuestra sensibilidad: es decir que de esta primaria fuente del conocimiento, nos incorporamos a la esce-

(39) S. Aurelii Augustini *Confessionum*, libri. XIII, eum notis Rev. P. H. Wangnereck, Taurini, 1919, lib. X, c. XXVII.

(40) *La poesía de San Juan de la Cruz*, Madrid, 1942.

(41) *La poesía lírica española*, Labor 1937.

(42) *Historia de la lengua española*, Escelicer, 1942. He anotado muchísimas palabras en la **prosa** de San Juan de la Cruz, que son latinismos como "virgultos", "fiducia", etc., pero otras tienen un gran sesgo de modernidad científica, p. e. "transvertir", "intensión", "interpoladamente", "conglutinada", "inmersa", "sutilizole", etc.

(43) "Es consolador observar la notable reacción que en favor de la Mística, se nota entre nosotros, de algun tiempo a esta parte. Pero tanto como la afición a la Mística, debe interesarnos su orientación (Fr. Cándido Fernández, O. P. en el prólogo a *Las tres vías y las tres Conversiones* del P. R. Garrigou Langrange O. P., Editorial Poliglota, Barcelona, 1936).

na de la vida, ligándonos a ella por los actos de entender, de desear, de apetecer, de gustar, etc. etc. Y dice San Juan de la Cruz: "De donde si lo que puede (el alma) recibir por los sentidos, ella lo desecha y niega, bien podemos decir que se queda como a oscuras y vacía" (44). ¿Pero es posible—decimos nosotros—no ver, ni oír, ni gustar, ni sentir? De no tener herméticamente cerrados nuestros sentidos —lo cual es imposible— la realidad, llena de movimiento, de color y de sugerencias, irrumpe en nosotros, sin que nosotros podamos, de manera absoluta, impedirlo. Y es porque ese sentir las cosas exteriores, empuja al alma a la vida. Este sentir las cosas, no concluye en una mera sensación, sino que implica relación con nuestra inteligencia, en relación a su vez con nuestra voluntad, de la que nacen nuestros actos libres (45). Y aquí está el nudo del dramatismo de la persona humana: en este triple juego del sentido, de la inteligencia y de la voluntad, estas dos movidas, inicialmente, por aquel, al ponerse en contacto con el mundo entero. Nuestra sumisión voluntaria, a las cosas; la suelta libérrima de nuestros apetitos, nacen del alma, no del simple hecho de ver y oír y conocer las cosas. Por eso añade San Juan de la Cruz: "llamamos a esta desnudez, noche para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas, porque eso no desnuda al alma, sino de la desnudez del apetito y gusto de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga " (46) Que es la razón de aquel pensamiento suyo: "No se puede gozar (en las criaturas) si se miran con asimiento de propiedad" (47), pensamiento cuyo perfil se ajusta con el moderno de que la voluntad se crea, negándola. El se vació del apetito de las cosas y sin embargo, ¿quién más finamente que San Juan de la Cruz ha captado la belleza de las cosas? ¿en qué sensibilidad han dejado más profunda palpitación? ¿qué palabra humana ha recogido más felizmente que la suya el matiz primoroso de las hermosuras creadas? Así pudo sacar de las tinieblas de la noche oscura, en claridad sin ocaso, ese mundo poético, oreado por "el ventalle de los cedros" y "el aire de la almena" y en el que, "en la noche sosegada, al par de los levantes de la aurora", sentimos como una necesidad ¡bien humana! de que quede allí, para siempre, en aquel gozo del nuevo arna-

44) Sub. Lib. I, c. 3.

(45) ..."hae potentiae suis actibus invicem se includunt: quia intellectus intelligit voluntatem velle, et voluntas vult intellectum intelligere" (S. Tomás, ST pars 1^a.» q. LXXXII, a. IV).

(46) Sub. Lib. I, c. 3.

(47) Sub. Lib. III, c. 10.

necer, nuestro pobre corazón... ¡Claridad en la noche oscura! y no esta claridad espantosa de la guerra, en pleno día, en la que el mundo se quema en llamaradas rusientes, por el apetito no embriado, de las cosas.

Los precedentes

Se ha estudiado el precedente de este símbolo de la noche oscura que para Baruzi es la más alta y original construcción de San Juan de la Cruz.

Recientemente, el doctísimo Miguel Asín ha pretendido encontrarlo en un místico musulmán, de Ronda, del siglo XIV. Las semejanzas no son ciertamente minúsculas, pero la dificultad se hace impenetrable cuando se quiere encontrar el punto de contacto entre uno y otro símbolo, es decir el medio por el que el símbolo del místico ha podido llegar a conocimiento de San Juan de la Cruz. (48) Por de pronto, en las obras de San Gregorio Magno, el gran Pontífice del siglo VI y que San Juan de la Cruz estudió detenidamente, y en las "Confesiones" de San Agustín se encuentra la metáfora de la noche, aplicada al conocimiento de Dios en esta vida. Y en el gran místico alemán Tauler, de tan manifiesta influencia en el nuestro, encontramos las expresiones del camino tenebroso y desolado, de la oscuridad y del tormento. Pero San Juan de la Cruz, según nos dice su compañero P. Juan Evangelista, sabíase casi de memoria la Sagrada Escritura y en ella pudo encontrar el símbolo de la Noche (49). Ya hace referencia (50) a aquellas tres noches que, por indicación del Angel, tuvo que pasar el mozo Tobías antes de unirse a su mujer y en las que ve figuradas las tres etapas de su noche. Y noche fué también para él la cárcel de Toledo, en la que conoció las tinieblas y los tormentos y las grandes amarguras. (51) De las sombras infectas

(48) Ya anteriormente, Asín Palacios nos hizo ver las coincidencias entre el aulí murciano (1164-1240) y el autor de la Noche Oscura, en (El Islam cristianizado). Madrid, 1931. Ultimamente ve un precursor de San Juan de la Cruz en el hispano-musulmán Aben-Abad, de Ronda (1332-1389) conjeturando que pudo llegar a conocimiento del Doctor místico la escuela "sadili" por los moriscos que habitaban en Medina del Campo, en la época de San Juan de la Cruz. (**Huellas del Islam**). Reconoce, sin embargo, Asín Palacios, en su última obra citada que "el "gabd" no tiene explícitamente para los sadilíes todo el contenido complejo y sistemático" que revela la Noche Oscura de San Juan de la Cruz.

(49) He tenido la curiosidad de contar las citas de la S. E. en un capítulo cualquiera y he contado diez citas en una de 144 líneas: son citas de Jeremías, (3) San Mateo, (2) Isafas, (3) David, (1) Job, (1).

(50) **Sub.** Lib. I, c. 2.

(51) "Nueve meses estubo en una carcelilla, que no cabía bien, con cuan chico es, y en todos ellos no se mudó la túnica, con haber estado a la muerte" (Santa Teresa en carta al P. Gracían).

de aquel tugurio brotó, como en claridad revelada de milagro, la maravilla ardiente del Cántico espiritual voladora como una saeta y temblorosa de quejido... Todos los posibles precedentes —si los utilizó— cobran en él, la magia de su estilo privilegiado. (52)

Divinas claridades de la Noche Oscura

Cuentan del Cardenal Burne que hablando de Santa Teresita del Niño Jesús, hizo este comentario, un poco cargado de sal, aunque ática: "Nosotros la amamos, porque en nuestras relaciones con Dios, ha suprimido las matemáticas".

Posiblemente el Cardenal aludió, con este eufemismo para alusiones, a los innumerables embrollos, confusos, laberínticos, indescifrables de algunos libros llamados de Ascética y de Mística y en los que, naturalmente, el que menos ha intervenido es el Espíritu Santo. España, el pueblo de los más excelsos místicos, no ha sido del todo ajena a estos mamotretos que como diría el Obispo Mermillad contienen "la herejía de la piedad" (53). Ciertamente, el espíritu francés ha sido espíritu de claridad: la verdad sale de la pluma francesa más nítida y el error también. ¡La verdad se torna más sugestiva y también el vicio! San Juan de la Cruz no es San Francisco de Sales; Bossuet no es Fr. Luis de Granada, ni Moliere es Tirso de Molina. El libro de Mística que escribió con perfecta claridad un español —el aragonés Miguel de Molinos— nos resultó heterodoxo. Entre un Santo español y un Santo francés puede existir la diferencia que hay entre un francés y un español, porque la Gracia que los santifica, no los desnaturaliza. (54)

Es graciosa la anécdota que refieren de un extranjero que, encontrándose en Madrid, pidió noticias de San Isidro Labrador. Le dijeron que cuando iba a trabajar y se disponía a su faena, bajaba un Ángel y araba la tierra, mientras el Santo labrador se dedicaba a la oración. El extranjero puso al relato esta glosa, digna del Cardenal Burne: "Oh, qué milagro más español".

Pero esto es no entender el problema: porque en el Santo

(52) ..."La exposición de Fray Juan, hasta ciert último y determinado punto, me parece aventajar considerablemente en penetrante claridad, en transparente exposición y profundidad teológica, a todas las síntesis semejante" (Ludwig Pfandl en Historia de la literatura nacional español» en la edad de oro. Gili, Barcelona, MCMXXXIII, p. 217).

(53) La mujer del mundo según el Evangelio, Barcelona 1882.

(54) "Cum enim gratia non tollat naturam, sed perficiat" (S. Tomás P. 1.^a q I a 8 ad 2)" Sio enim fides praesupponit cognitionem naturalem, sicut gratia naturam... (Ibid. q. II a. 2 ad. 1).

francés y en el español, en lo profundo de sus vidas, se nivelan las diferencias porque se equilibran en una serie de hechos heroicos idénticos; renunciación, sacrificio, obediencia, humildad, desprecio de sí mismos. Esa imagen de Santa Teresita, tan candorosa, tan dulce, con su linda escayola de cine, con su ramito de flores en actitud de felicitar las Pascuas a la Reverenda Madre, puede ser ocasión de peligro para la piedad, haciéndola dulzona, desmedrada y tísica. (55) Santa Teresa de Jesús, la mujer más graciosa y salada del mundo y San Juan de la Cruz se morirían de repente ante estas blandenguerías de la devoción y estas desviaciones de la piedad. Santa Teresita no fue Santa por su linda cara, sino por su virtud recia y dura que en su especial y encantadora manera de ser, tuvo apariencias de tarea fácil y placentera. Días antes de morir, exclamaba: "Sufro mucho, sí, mucho. Pero con todo eso gozo de una paz asombrosa". Suyas son también estas palabras: "Mi alma yace siempre en un subterráneo, pero soy feliz". Y este impresionante holocausto de si misma: "No tengo un corazón insensible y porque es capaz de sufrir mucho, es por lo que quiero dar a Jesús todos los géneros de sufrimientos que pueda soportar". (56) En esta poderosa vértebra se endurece la carne humana del Santo, llámese San Pablo, Santa Teresa, San Ignacio de Loyola, Santa Teresita, San Francisco Javier.

Mas no se crea que nuestros Santos están exentos de rasgos encantadores: Una vez, al llegar San Juan de la Cruz, a Veas, a donde iba los sábados en esa hora delgada del atardecer, tan grata a sus ojos, preguntó a una de las monjitas en qué llevaba la Oración y le dio esta respuesta, impregnada de ternura: "en mirar la hermosura de Dios". (57) Y Santa Teresa definía la Oración mental diciendo que "no era sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (58).

¡Estas son las claridades divinas en nuestras oscuras noches humanas! Claridades que son luz y llama para nuestros corazones cuando ponemos el pecho junto al pecho humano de San Juan de

(55) "Cuanto a lo que toca a las imágenes y retratos de Santos, puede haber mucha vanidad y gozo vano". "Esto se verá bien por un abominable uso que en estos nuestros tiempos usan algunas **personas** que no teniendo ellas aborrecido el traje vano del mundo, adornan a las imágenes con el traje que la gente vana por tiempo va inventando para el cumplimiento de sus pasatiempos y liviandades... la honesta y grave devoción del alma... se les queda en poco más que en ornato de muñecas... ni **sirviéndote** algunos de la imagen más que de unos ídolos en que tienen puesto su gozo" (San Juan de la Cruz, **Sub.** Lib. III, c. 34).

(56) **Para, amar al buen Dios como le amó Santa Teresita.** (R. P. Martín).

(57) **Vida y pensamiento da San Juan de la Cruz,** Domínguez Berrueta.

(58) **Vida,** p. 53.

la Cruz, que fué como nosotros, carne y hueso, como nuestros huesos y nuestra carne, compañeros díscolos de nuestro espíritu, **luz** y llama que en nuestras noches levantan las tres poderosas normas espirituales de la Fe, la Esperanza y la Caridad, que nos vacíen de las adherencias corrosivas y nos pongan a la sombra de Dios, porque también para nosotros encendió el Señor su claridad en la vida de los Santos.

Eladio Esparza